

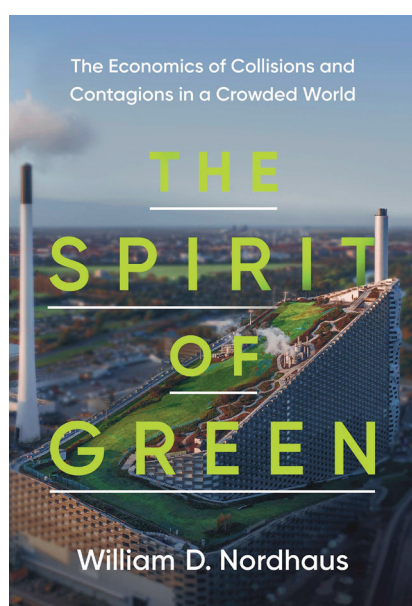
NOTA CRÍTICA

THE SPIRIT OF GREEN

The Economics of Collisions and Contagions in a Crowded World

William D. Nordhaus

Princeton University Press, 2021, 368 pp.



Hace más de 50 años, Mishan publicó *The Costs of Economic Growth* (1967). Su conclusión general fue que la búsqueda continua del crecimiento económico en las sociedades occidentales estaba reduciendo el bienestar social. El libro dedicaba mucho espacio a las externalidades entre las que destacaban las provocadas por el turismo, los viajes en avión y el automóvil. Mishan planteaba soluciones radicales basadas en la promulgación de leyes que, por ejemplo, prohibieran los

viajes aéreos o el acceso motorizado a determinadas áreas. De una forma más amplia, era partidario del reconocimiento de los derechos de amenidad (*amenity rights*) que podrían reclamarse ante los tribunales cuando los individuos sintieran que están asumiendo costes por actividades que realizan otros. El libro alcanzó una enorme popularidad porque se publicó en el momento oportuno, cuando empezaban a ser evidentes los efectos indeseables de la aceleración del crecimiento económico en determinados países.

The Spirit of Green de Nordhaus también se ha publicado en un momento oportuno, cuando la pandemia de la COVID-19 ha puesto de manifiesto la fragilidad de la humanidad ante problemas globales. Y Nordhaus sabe de lo que escribe. Lleva muchos años dedicado al análisis económico del medioambiente. En 2018 recibió el Premio Nobel por integrar el cambio climático en el análisis macroeconómico a largo plazo. Un año antes había recibido el Premio Fundación BBVA Fronteras del Conocimiento, en la categoría de cambio climático, por integrar, según el jurado, «las aportaciones de la ciencia del clima, la tecnología y la economía para responder a la pregunta: ¿Qué debe hacer el mundo para poner límites al cambio climático?». El libro objeto de esta nota crítica puede considerarse un ensayo que responde a esta pregunta.

La obra está dirigida a profanos y, por tanto, aportará poco a los que estén familiarizados con la economía medioambiental. De hecho, se trata de un compendio de ideas que el autor ha expuesto reiteradamente en los múltiples foros en los que participa. Según Nordhaus, el libro lo terminó el día después que Biden se convirtió en presidente de los Estados Unidos y el mundo dejó atrás «la edad oscura de los años de Trump». Estas últimas palabras, con las que cierra el prefacio, nos avanza que sus argumentos están políticamente comprometidos. En un momento determinado, utilizando una figura en la que traza un segmento, sitúa su planteamiento escorado a la izquierda en un supuesto rango de opiniones. En el extremo derecho del segmento sitúa al «marrón sucio» (*muck brown*), aquellos que priorizan el beneficio económico respecto al interés social. En el extremo izquierdo estaría el «verde intenso» (*deep green*) que representa a los que colocan los valores medioambientales por encima de las preferencias humanas. Como posturas intermedias se encontrarían el libre mercado, que confía en el *laissez-faire* para alcanzar los objetivos medioambientales, y el espíritu del verde (*spirit of green*) que pretende ser un marco conceptual para el diseño de instituciones, leyes y éticas en una sociedad bien gestionada, a través de la combinación

de las fuerzas del mercado y de la acción colectiva. Con este último planteamiento, como es obvio, se identifica Nordhaus.

Los capítulos, agrupados en seis partes, se dividen en epígrafes breves, con una redacción fluida que hace la lectura cómoda y atractiva. La primera parte, *Fundamentos de una sociedad verde*, se inicia dedicando unas páginas a los pioneros del ambientalismo americano con lo que, de entrada, se muestra un cierto sesgo hacia la perspectiva estadounidense que se confirma en el resto del libro. A continuación, se definen los pilares sobre los que se construye una sociedad bien gestionada: leyes que definan los derechos de propiedad y los contratos para que las personas puedan interactuar de manera justa; mercados eficientes para el intercambio de bienes privados; instrumentos adecuados para corregir las externalidades y facilitar la provisión de bienes públicos; y, finalmente, impuestos y transferencias que ayuden a garantizar la distribución equitativa del bienestar económico. Sobre esa base, podrían resolverse, según el autor, los principales problemas medioambientales de nuestra época: calentamiento global, pandemias o sobreexplotación de los recursos naturales.

Los problemas que plantea el libro de Nordhaus no son los que presentó Mishan. El mundo ha

cambiado mucho en cinco décadas. Pero no solo la realidad es diferente, sino que se ha perfeccionado el conocimiento económico para proponer soluciones también diferentes. No se trata de realizar propuestas radicales como la prohibición del transporte aéreo o de cualquier externalidad negativa. Aquí juega un papel fundamental la eficiencia. Tal como se expone en el conocido manual de *Economía* de Samuelson, al que Nordhaus se incorporó como coautor en las últimas ediciones, la eficiencia en la eliminación de las externalidades se alcanzaría cuando el beneficio social marginal se iguala al coste marginal. En consecuencia, tan ineficiente sería permitir que las empresas contaminaran como impedir cualquier tipo de contaminación. Esta idea elemental es clave para ordenar la discusión en torno al medioambiente.

La segunda parte, *Sostenibilidad en un mundo peligroso*, se ocupa de los principios centrales que orientan las ideas ecologistas (*green thinking*). Partiendo de la conocida definición contenida en el *Informe Brundtland* en 1987, «desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades», la sostenibilidad no implicaría la obligación de dejar el mundo tal como lo encontramos. Debemos admitir

la sustitución de unos bienes por otros. Los automóviles que, según Mishan, «han sido uno de los más grandes desastres que haya acontecido a la raza humana», sustituyeron a los caballos y evitaron que las ciudades acumularan miles de kilos de estiércol en sus calles. El problema se plantea al concretar hasta qué punto la conservación de las especies o la prevención del cambio climático pueden sacrificarse para aumentar la producción de bienes normales. Como enfáticamente señala Nordhaus, este tipo de cuestiones no pueden ser resueltas por la religión, el ambientalismo, la ciencia o la economía, igual que el dilema en una pandemia sobre si admitir cierres para reducir las infecciones o no, para evitar el desempleo, generan diferencias de enfoques que no pueden congeniarse fácilmente.

Relacionado con la sostenibilidad nos encontramos con un clásico tema de discusión: la pertinencia de utilizar el PIB como indicador del bienestar. En este caso, los cálculos aportados por Nordhaus, referidos a Estados Unidos, ofrecen unos resultados, en cierta medida, paradójicos. Por un lado, la consideración de las externalidades reduciría el nivel del PIB en un 10 %. Sin embargo, por otro lado, dado que las emisiones de la mayoría de los contaminantes han decrecido con el paso del tiempo, el crecimiento

del PIB «verde» sería mayor que el convencional.

Nordhaus reflexiona, además, sobre dos cuestiones aparentemente inconexas. Así, dedica un capítulo a especular sobre la posibilidad de colonizar otros planetas lo que, de alguna manera, podría librarnos de la presión de cuidar la tierra. Su conclusión es que, al menos en un futuro cercano, esa posibilidad es remota. Con un toque de humor señala que «AmazonMarte requeriría casi un año para entregar los pedidos en la más rápida de las naves espaciales». Lo cierto es que este capítulo parece desentonar con la línea argumental del libro que, en general, es ciertamente rigurosa. La otra cuestión es más terrenal y se refiere a las pandemias y otras catástrofes sociales que encajarían dentro de los eventos de cola (*event tail*) o de lo que Taleb denominó «cisnes negros». Según Nordhaus, para enfrentar estos sucesos se necesitaría, entre otras cosas, preparación y recursos, así como una comunicación efectiva por parte de los líderes políticos. Aquí no pierde la oportunidad de criticar la estrategia de los conservadores estadounidenses de «matar de hambre a la bestia» para reducir el gasto público, lo que habría limitado la capacidad de lucha contra la pandemia: «Estados Unidos gasta mil veces más en comida para mascotas que en preparación para

una pandemia». Y tampoco desaprovecha la ocasión para ridiculizar a Trump por sus mensajes irresponsables, y para presentarlo como un político más preocupado por su futuro personal que por los estragos que estaba causando la COVID-19 en su país.

El título de la tercera parte es *Behaviorismo y política verde* y arranca con un capítulo dedicado a las «anomalías» del comportamiento individual que afectan al medioambiente. Entre ellas, se destacan las relacionadas con las decisiones que exigen aplicar una tasa de descuento a los rendimientos o utilidades futuras y que provocan decisiones «miopes». En este caso, el fallo no es de los mercados sino de la «irracionalidad» de los agentes, lo que añadiría una justificación adicional para la intervención pública. Por ejemplo, ante la infravaloración de los beneficios futuros del ahorro energético, podría exigirse el diseño de viviendas o electrodomésticos de bajo consumo energético. Ahora bien, una vez aceptada la necesidad de intervenir, nos tropezamos con el problema de agregar las preferencias individuales para conformar la acción colectiva. Aquí Nordhaus hace una incursión en la teoría política haciendo referencia a la toma de decisiones en el ámbito público y al papel que pueden tener los grupos de presión. En este sentido, se afirma que el desarrollo

económico, como demostraría la curva medioambiental de Kuznets, y la calidad democrática impulsarían el establecimiento y la permanencia de políticas medioambientales sólidas. Estas ideas se ilustran con la propuesta de un *Green New Deal* que, inspirado en el *New Deal* de Roosevelt en los años treinta en Estados Unidos, tendría como objetivo promover una «sociedad verde».

En la cuarta parte, *Verde en el panorama social y económico*, se utiliza como metáfora la brújula para justificar la necesidad de que la búsqueda de beneficios oriente a los gerentes de las empresas en la «dirección correcta». La oportunidad para recalibrar la brújula de los beneficios económicos se presenta en cinco áreas:

1) Impuestos. La fiscalidad verde incluiría impuestos que, a diferencia de los convencionales, serían eficientes en el sentido de que procurarían la asignación de recursos socialmente deseables. Así, para solucionar los problemas de la congestión del tráfico, en vez de plantearse, como hizo Mishan, «la gradual abolición de todos los automóviles de propiedad privada», Nordhaus se alinea con la propuesta de Vickrey para establecer un precio por el uso de las carreteras o para acceder a determinadas áreas urbanas, lo cual, como se ha demostrado, no solo animaría el uso del transporte público,

sino que reduciría los problemas de congestión y contaminación. En cualquier caso, entre los posibles impuestos ambientales, el más importante, y sobre el que Nordhaus viene insistiendo desde hace tiempo, sería el que recae sobre las emisiones de CO₂. En general, los impuestos verdes, según el autor, representarían la «Santa Trinidad» de la política ambiental: suponen un pago por el uso de recursos públicos, cumplen con los objetivos medioambientales y no distorsionan.

2) Innovación. Las innovaciones medioambientales están limitadas por una doble externalidad. Además del carácter no apropiable de sus beneficios, como sucede con cualquier innovación, el beneficio social que generan es mayor que el del resto de las innovaciones. Indudablemente, el desarrollo de nuevas tecnologías sería una buena solución para lograr el objetivo de que las emisiones globales netas de CO₂ y otros gases de efecto invernadero sean nulas alrededor de 2050. Pero ¿cómo provocar estas innovaciones? La respuesta, según Nordhaus, se encontraría en una compleja interacción de talento individual, persistencia, incentivos económicos, estructura empresarial y demanda del mercado. Aunque por nuestra parte podríamos añadir, siguiendo a Romer, que recibió el Premio Nobel el mismo año que Nordhaus, la clave

se encuentra en diseñar instituciones nuevas que impulsen la investigación aplicada. Nada más y nada menos.

3) Ética individual. Pequeños gestos individuales pueden tener un gran impacto a nivel agregado. Un ligero ajuste de pocos grados centígrados en el termostato de nuestro aire acondicionado puede representar una importante contribución a la lucha contra el cambio climático. En esta línea se fortalecerían las denominadas políticas sin arrepentimientos (*no-regrets policy*) que complementarían la acción colectiva a partir de los comportamientos éticos individuales.

4) Responsabilidad social corporativa. A las empresas se les debe exigir que no engañen a los consumidores, como hizo Volkswagen cuando introdujo cambios deliberados en sus automóviles para falsear los test sobre emisiones, o como hizo Philip Morris cuando ocultó las investigaciones que acreditaban los efectos nocivos del tabaco. Pero, además, las empresas deberían ir más allá para que puedan alcanzarse los objetivos sociales, dado que el sistema legal no puede ser una guía completa para la sociedad. No obstante, como reconoce Nordhaus, sobre este tema existe mucha discusión, pero poco acuerdo. Ahora bien, parece claro que las empresas deberían evitar el cortoplacismo en sus

decisiones y proporcionar información precisa sobre los riesgos potenciales de sus productos y procesos.

5) Inversión ética. Los inversores también pueden contribuir a los objetivos sociales dirigiendo sus recursos hacia las empresas que tengan un comportamiento socialmente responsable excluyendo, por ejemplo, a aquellas que produzcan armas, tabaco o combustibles fósiles. Sin embargo, aquí tampoco la discusión está cerrada, ya que no existe un acuerdo sobre la forma de medir la responsabilidad social de las empresas. No obstante, al margen de los grandes fondos de inversión, los inversores individuales pueden diseñar sus propias estrategias «tifiendo de verde» su cartera de valores en función de sus propias preferencias.

La quinta parte, *Verde global*, contiene dos interesantes capítulos sobre, quizás, el problema medioambiental más grave y difícil de resolver que tiene planteado la humanidad: el cambio climático. El primero está dedicado a demostrar que, en efecto, tenemos un problema que si no sabemos resolver podría suponer que, al final de siglo, la temperatura del planeta se eleve entre 2 y 4 grados centígrados lo que supondría alcanzar puntos de no retorno con graves consecuencias y un desafío de enormes proporciones. El segundo capítulo identifica los obstáculos

para la resolución del problema y avanza una posible solución. Los obstáculos son los propios de los bienes públicos globales: los *free-riders* que, en el caso del cambio climático, tienen dos dimensiones: una, los países quieren disfrutar de los beneficios que les reportaría el esfuerzo de los demás sin asumir los costes que les corresponden; y, dos, la generación presente quiere trasladar el coste a las generaciones futuras. Estos dos argumentos ayudarían a explicar los fracasos relativos del Protocolo de Kioto y de los acuerdos de París.

Según Nordhaus, la coordinación de las políticas, y esta es su propuesta de solución, podría alcanzarse con un acuerdo entre naciones que, en vez de ser voluntario, estaría basado en un modelo de club en donde las naciones aceptarían las reglas de juego y las sanciones en caso de incumplimiento. Si se alcanza el compromiso de un número suficiente de países que asumieran las políticas necesarias para frenar el calentamiento global y que, al mismo tiempo, discriminaran comercialmente a los que no las asumieran, se alcanzaría la necesaria coordinación global que se precisa en este ámbito. Quizás esta propuesta puede parecer ingenua, pero Nordhaus nos recuerda el éxito de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en su lucha contra el proteccionismo. Los

países pertenecientes a la OMC tienen derechos y obligaciones, y una de las obligaciones importantes son los aranceles bajos que han ayudado a combatir el proteccionismo. En consecuencia, una estructura similar podría ayudar a combatir el cambio climático que, igual que el proteccionismo, solo beneficia a unos pocos y, por el contrario, perjudica a la gran mayoría de la población.

Los dos últimos capítulos integran la sexta y última parte del libro, *Críticas y reflexiones finales*. El primero se dedica a cuestionar las posturas extremas y defender el *Spirit of Green*. Utiliza, una vez más, el sentido del humor para aludir al cuento de *Ricitos de oro* en su defensa de una regulación moderada «ni demasiado caliente ni demasiado fría, sino la correcta». Es evidente que, formulada en estos términos, esta norma es demasiado ambigua para orientar la política económica. Es fácil trazar curvas que determinan el punto exacto en que los beneficios y costes sociales marginales se igualen, pero la realidad exige pasar de la teoría a la práctica con propuestas concretas. Por ejemplo, el texto alude, en varias ocasiones, a que el coste social de las emisiones de CO₂ es de 40 dólares por tonelada que, en consecuencia, sería el impuesto que debería pagarse por esas emisiones. Sin embargo, no nos da ninguna razón para pensar que esa

cifra es la justa, ni demasiado alta ni demasiado baja.

El capítulo final es, en realidad, un resumen de las principales ideas del libro que termina con esta frase: «Si podemos afrontar el futuro con honestidad intelectual y clarividencia, tenemos las herramientas y los recursos para hacer realidad el sueño de una Tierra Verde».

Una lectura actual de *The Costs of Economics Growth* (1967) de Mishan revelará que sus propuestas, al menos las más radicales, no han sido asumidas por los gobiernos. No sabemos qué ocurrirá con las propuestas que nos presenta Nordhaus en *The Spirit of Green*, aunque sí podemos avanzar que están basadas en el incentivo que proporciona a los agentes los precios corregidos para que transmitan los verdaderos costes y beneficios sociales. Este es un principio económico básico perdurable que no es nuevo. De hecho, la literatura sobre el análisis coste-beneficio posee una larga tradición y forma parte del sueño dorado de los economistas: diseñar políticas económicas que contribuyan inequívocamente a la mejora del bienestar social. El reto sigue presente y Nordhaus lo ha enfrentado con propuestas concretas. Basta leer *The Spirit of Green* para comprobarlo.

Beatriz Benítez-Aurioles
Universidad de Málaga

